



Juanito el jabegote

Miguel López Castro

Ilustraciones de José Enrique Martínez de la Osa

Juanito era un niño que vivió una época muy dura, nació en la barriada de El Palo en 1889, pertenecía a una familia de trabajadores de la mar, marengos se les llamaba, y por aquellos años los niños y niñas apenas podían aprender a leer y escribir, pues desde muy pequeños tenían que ayudar en sus casas. Juanito ni siquiera pudo aprender a escribir y cuando llegó a ser mayor y tener un carnet de identidad, en el lugar donde debía poner su firma, pusieron "no sabe".

Desde los 8 años trabajó con su padre en una barca de pesca que llaman jábega. Ayudaba a tirar del copo (las redes), a traer y llevar agua a los pescadores, y muchas cosas más; tenía mucha afición a cantar y pronto aprendió un tipo de cante, de los llamados fandangos, estos fandangos que se llaman jabegotes contaban en sus letras cosas de los pescadores.

Juanito cantaba tan bien que lo



buscaban por las playas para oírle cantar y de vez en cuando le daban algo de dinero a cambio. Así iba transcurriendo su niñez, claro que también jugaba, como todos los niños de su época, corría por la playa imaginando que burlaba a las olas. Corría hacia ellas y cuando estas rompían en el rebalaje, que es el lugar de la orilla donde las olas terminan su paseo por el mar, él se volvía hacia la orilla corriendo más rápido que las

olas para evitar que estas lo mojaran. Pescaba con caña y aprendía muchas cosas de la mar y de sus amigos los pescadores.

Juanito conocía el trabajo duro, la tristeza de algunos días en que no podía llevar peces a su casa porque el mar estaba embravecido y otros días las satisfacciones de conseguir una buena pesca.

Tenía muchos amigos entre los pescadores: el amocaél, que era el pescador



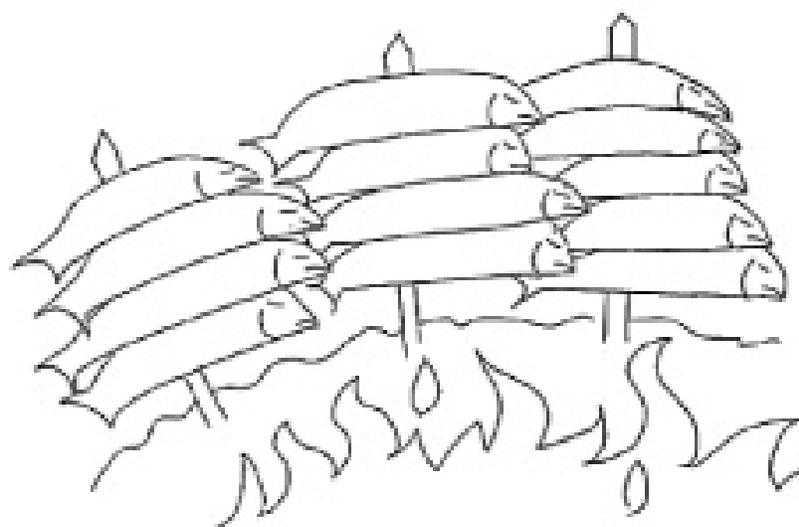
que le untaba cebo (grasa) a los parales (grandes maderos) para que la barca se deslizara por ellos hasta que quedaba varada (aparcada) en la orilla; el proél que era un remero de mucha importancia en la jábega. De vez en cuando, cuando ayudaba a tirar del copo con su traya de niño, los pescadores le daban una "garfá" que era un gran puñado de peces, todos los peces que le cabían entre las manos a Juanito.

Los pescadores tenían una forma muy particular de hablar y de vivir, conocían la hora mirando donde llegaba el sol, conocían el tiempo que iba a hacer viendo como estaba el agua de la mar. Eran tantos pescadores y jábegas en aquellos tiempos de la infancia de Juanito, que las barcas salían a pescar por turno según la carta de la baraja que tenía cada jábega. También eran muy solidarios y cuando un pescador enfermaba y no podía salir a pescar, los demás compañeros le llevaban a su casa una parte de lo que habían



ganado ese día pescando.

Muchas veces Juanito observaba el mar, junto a los pescadores, intentando descubrir bajo la luz de la luna el brillo nervioso de un banco de sardinas, para poder así echar las jábegas al mar para pescarlas, a estas sardinas le llamaban del "ardá". Cuando veían un banco de estas sardinas gritaban:



- Echemos el copo que hay sardinas del "ardá".

En aquella época había tantas jábegas, que los pescadores, para ponerse de acuerdo para echar las barcas a pescar, tenían que sortear el orden de salida, cada barca tenía una carta de la baraja, una barca tenía el as de copas, otra el tres de bastos y así hasta completar la baraja entera. Barajaban las cartas e iban sacando cartas de la baraja, cada barca salía a pescar según iban saliendo las cartas.



Otras veces cantaba sentado en la arena para entretener al pescador que cosía sus redes, este trabajo se llamaba sotarraje. Y miles de veces disfrutó al atardecer compartiendo la moraga con sus amigos y amigas, hablando mientras se espetaban las sardinas para asarlas en un fuego hecho en la playa.

Entre tantos parales, cebos, rebalaje, garfá, ardá, copo, proel, jabegote, sotarraje... ¡¡uff, cuántas palabras raras!!.

Así pasó Juanito los primeros años de su vida, y a pesar de la dureza de su trabajo estaba enamorado de la mar, de la forma de vida de los pescadores y de sus costumbres. Pero con doce años decidió cambiar de oficio y comenzó a vender moras, todos le conocían por El Niño de las Moras, y era tan conocido porque para atraer la atención de la gente y poder así vender sus moras, cantaba por las calles pregonándolas. El pregón era como la publicidad de antes, cuando llegaba a algún lugar donde Juanito creía que podían comprarle las moras, él llamaba la atención de todos pregonando (cantando) con una letra que él había compuesto:

Asomarse a los balcones,
mujeres guapas y hermosas,
y vereis vender las moras,
moras, mauritas las mooooooras.

Tan bien cantaba Juanito que llegó a ser un gran cantaor de flamenco cuando se hizo

mayor. Uno de los cantes que mejor hacía era el jabegote, cante que aprendió de los pescadores. Como era un cante tan antiguo y difícil, nadie lo cantaba, el cante estaba a punto de olvidarse y perderse de la memoria de los cantaores, pero El Niño de las Moras se lo enseñó a otros cantaores más jóvenes que él y estos lo grabaron en discos. Así que, ya nunca se perderá este cante.

Juanito llegó a ser un cantaor famoso y salía durante temporadas a cantar por toda España: Madrid, Barcelona, Sevilla, etc. Pero nunca podía estar mucho tiempo fuera de casa, echaba de menos sus ratos de charla con los pescadores y sus paseos por la orilla. Ya de mayor pasaba grandes ratos sentado con ellos en la arena, tirando chinos al agua y observando el estado de la mar, mirando como sacaban las redes.

Y sabéis que ocurrió en todo este tiempo: cada año las redes salían más vacías,

ya que algunos pescadores cogían "macucos" que eran las crías de los peces y como no los dejaban reproducirse algunos peces estaban a punto de extinguirse, entonces, hubo que llegar a prohibir la pesca de alguno de ellos como el chanquete. Juan estaba muy triste porque cada día que pasaba eran más las jábegas que quedaban varadas en la orilla sin poder salir a pescar. La ciudad se había hecho muy grande y eran tantas las casas que tiraban sus basuras y detergentes al mar, que este estaba sucio y contaminado.

Juan era muy querido en su barrio, porque cantaba para todo el que se lo pedía y siempre estaba dispuesto a hablar y reír con sus vecinos y vecinas, tal vez por esto, todos seguían llamándolo Niño de las Moras aunque ya era muy, muy mayor.

Pasó los últimos años de su vida junto al mar, junto a los pescadores y a las pocas jábegas que quedaban varadas, como

dormidas en la playa. A pesar de su vida tan dura fue un hombre-niño feliz, y no llegó a ver cómo las jábegas dejaron de pescar y cómo las aguas del mar llegaron a estar tan contaminadas, que a veces no se podía entrar en ellas para bañarse. De haberlo visto, Juan se hubiera muerto de tristeza.

Ahora en su barrio todos se acuerdan de él porque colocaron una escultura suya en una pequeña plaza a la que pusieron su nombre, además todavía podemos oír sus cantes en los discos que grabó, sus pregones para vender moras y sus cantes de marengos, y sobre todo nos tenemos que alegrar porque al oír los cantes de jabegotes que él ayudó a conservar, podemos acordarnos de nuestras playas cuando eran limpias y cargadas de peces como las llegó a conocer Juanito en su niñez. Esto nos puede animar a esforzarnos por mantenerlas limpias y llenas de vida.





Grupo flamenco "Niño de las Moras"
de la Asociación de Vecinos de El Palo

M
málaga.es diputación
cultura
educación y nuevas tecnologías


Málaga
flamenco